

CASI LOS INGLESES DE AMERICA

De Poli Délano.

Editorial Planeta Chilena, Santiago 1990, 202 págs.

La última novela de Poli Délano contiene varios relatos en uno solo, con un débil poder de síntesis e integración. Tres historias de amor, escasamente ligadas entre sí, guardan cierta analogía de contenido y se desarrollan en un escenario común, pero su relación argumental casi no existe. Las tres parejas protagónicas vacilan en forma conflictiva entre el sexo, el amor, las conveniencias y algún dejo de sentido moral, no mucho.

Ignoro hasta qué punto se pretende ilustrar con ellas una tesis social, pero las tres parejas pertenecen a las tres clases sociales de rigor; la pareja de extracción popular resuelve sus conflictos con cierto honor, la de clase media termina cediendo a la convención social, y la de clase alta naufraga en un completo egoísmo. El telón de fondo civil viene dado por las elecciones presidenciales de 1958: concentraciones, discusiones, violencias aun de menor cuantía. Así como las tres historias están desligadas entre sí, también el telón de fondo político está desligado de las tres historias, y por tanto compone un escenario meramente añadido a la trama misma.

El autor se deja caer con una lenta acumulación (se diría simple yuxtaposición) de personajes, ambientes, descripciones que vagamente los caracterizan. Cada personaje ingresa en la escena narrativa presentándose a sí mismo, tal cual: “Mucho gusto. Me llamo Rosa, tengo veintidós años y soy más o menos alta...” A poco andar, cada personaje autopresentado se las arregla —no siempre bien— para entrar en relación con alguno de los personajes anteriores. La voz narrativa en primera persona va saltando así de personaje en personaje, de un modo que no resulta ingrato, y que incluso posee cierta agilidad, en cuanto permite conocer la verdad interna de cada personaje, su propia versión de los hechos, su propia radiografía sentimental o erótica.

Pero los cambios o relevos de la voz narrativa son artificiales. Que cada personaje, al retomar la palabra, tenga que decir *al lector* quién es —“Soy Quica”— parece un mecanismo algo forzado, y cada vez más a medida que se repite: “Y por tercera vez Rosa”, dice Rosa al tomar la palabra por tercera vez. En vez de revelárenos las *dramatis personae* en acto, en plena acción y a través de ella, esta presentación suya de credenciales de cara al lector tiene algo mecánico y forzado como si el autor no hubiera sabido dar la palabra a los personajes de un modo más natural.

La introducción narrativa es sumamente lenta, y la entrada en acción, tardía. Demasiadas páginas se van en presentaciones, planteamientos de la trama y prolegómenos: casi la mitad de la novela se lo pasa en eso. La segunda mitad es, sin duda, más rica en acción y en conflictos. Para ser más exacto, diría que el interés narrativo y emocional no llega hasta el último tercio de la novela. El factor erótico de los encuentros y desencuentros de las tres o cuatro parejas —parte principal de la trama— resulta convencional hasta bien avanzado el relato, y no revela nada sino lo más trillado del *eros*. Llega con mucho retraso lo mejor de la obra, las vacilaciones amorosas de dos mujeres: Quica entre Felipe y el Chalo, Elena entre Edmundo y Bruno.

Son las eternas contradicciones del amor, su consabida falta de lógica, incluso su impulso autodestructivo: todo muy antiguo y muy visto, pero bien planteado hacia el final de la novela. El caso más conseguido, desde el punto de vista dramático, es el de Quica y Felipe: el problema del hombre casado que se enamora de otra, y de esa otra que se enamora del hombre casado, pero se resiste a destruir una familia, y lo deja —se dejan el uno al otro— en medio de

un nudo emocional y una gresca verbal que son lo más logrado de la novela. La pareja más respetable, la de Juan y María, y la más egoísta, la de Edmundo y Elena, son mucho más convencionales en su conflicto amoroso.

Los diálogos con frecuencia quieren ser jocosos, pero no lo consiguen; el lector no se ríe como la novela dice que los personajes se ríen. Las parejas en cuestión conversan a menudo sentadas en algún bar, y se supone que se divierten a mares, pero esta diversión no pasa de ser un *wishful thinking* del autor: el lector no alcanza a percibir mayor diversión. No basta con mencionar el buen humor como un dato que se supone: habría que actuarlo en el relato mismo, y sobre todo en los parlamentos que pretenden ser graciosos. No lo son.

A Poli Délano no lo asiste el espíritu de la prosa. Es un lenguaje convencional, más bien pesado, sin mayores ráfagas de intuición que lo salven de su inercia informativa. La palabra quiere ser suelta, coloquial y desgarrada: "Y le digas que después sales y compras el diario como siempre y puede estar nublado o con sol, sales y vas caminando al paradero siempre como un largo y recalcado signo de interrogación que —al pasar de una nube descubridora del sol— se estira en un exclamativo cuando te juras que has decidido, que nada es tan grave, que nada hay que no haya ocurrido antes (consuelo de tontos), que desde que el mundo es mundo, y qué, ¡y qué!, que quién va a venir el desgraciado a levantarte un dedo acusatorio porque eliges ser libre, y que todo, le digas, que siempre vas hacia el paradero y luego hacia arriba, allá mismo, en la oficina, todo es fácil, nada es difícil, menos imposible, pero de pronto ya, muy bien, se va a hablar, lo tienes todo pensado dentro de ti...", etc.

Este estilo casi retahíla, ya tan visto, es más tedioso que expresivo. Hay un intento de modular la prosa según la idiosincrasia de las distintas voces narrativas —un habla más popular para María, una más sofisticada para Felipe, por ejemplo—, pero el intento no prospera, se olvida pronto, y todos los hablantes en primera persona terminan usando, de espaldas a su identidad personal, un lenguaje homogéneo que sigue la pauta de la cita anterior, es decir, resulta confuso y sin gracia.

Las dos líneas del relato, la erótica y la política, no ensamblan: no guardan entre sí ninguna relación *narrativa*. Simplemente se yuxtaponen en un dudoso maridaje, y eso por el carácter sumamente extrínseco de la dimensión política, con su escenario prestado y sobreañadido. La descripción del ambiente preelectoral de 1958 sigue los estereotipos de rigor, y no revela nada que no sea obvio en tales casos. Curiosamente, siendo esta novela erótica y no política, su título alude a su dimensión más externa, la electoral. Es un título débil, por más explicado que esté en el interior del texto, y en todo caso es enteramente ajeno a las tres parejas que a su vez son ajenas entre sí, dentro de un conjunto carente de unidad interna.

IGNACIO VALENTE

EL PARAISO

De *Elena Castedo*

Grupo Editorial Zeta, Buenos Aires, 1990, 384 páginas.

Hace tiempo que no leía una novela chilena tan creativa, sutil, cálida, humana, briosa, fresca, delicada y perturbadora como ésta, si bien su parte final declina, e incluso le sobran algunos capítulos. Pero aun así, ¿quién es esta Elena Castedo, española-chilena que a los 53 años se instala con su novela inicial en la primera línea de nuestra narrativa? Yo ignoraba hasta su nombre. Y he aquí de pronto con una obra que ha triunfado en los Estados Unidos, entre los críticos y el gran público, y que llega a nosotros —en segunda instancia, pero supongo que en